

R. L. STEVENSON

LA ISLA DE TESORO



AUSTRAL

ROBERT LOUIS STEVENSON

LA ISLA DEL TESORO

Traducción
José Torroba



El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Treasure Island*

© Traducción de José Torroba, 1920

© Espasa Libros, S. L. U., 2016

Avda. Diagonal, 662, 6ª planta, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Austral / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: © Birgit Palma

Primera edición en Austral: octubre de 2016

Depósito legal: B. 12.822-2016

ISBN: 978-84-670-4848-3

Composición: Ātona - Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

ÍNDICE

Intrépido lector	7
------------------	---

PRIMERA PARTE

EL ANTIGUO BUCANERO

1	El viejo lobo de mar en el Almirante Benbow	13
2	Perro-Negro llega y se va	23
3	La mota negra	33
4	El cofre	42
5	El fin del ciego	51
6	Los papeles del capitán	59

SEGUNDA PARTE

EL COCINERO DE A BORDO

7	Voy a Bristol	71
8	En la taberna de El Catalejo	79
9	Pólvora y armas	87

10	La travesía	95
11	Lo que oí desde el barril de manzanas	104
12	Consejo de guerra	113

TERCERA PARTE

MI AVENTURA EN TIERRA

13	Cómo me lancé a la aventura	123
14	El primer golpe	131
15	El hombre de la isla	139

CUARTA PARTE

LA ESTACADA

16	El doctor continúa la narración: cómo fue abandonada la Hispaniola	151
17	Continúa la narración del doctor: el último viaje del chinchorro	159
18	Sigue el relato del doctor: el final del primer día de lucha	166
19	Jim Hawkins reanuda la narración: la guarnición de la estacada	173
20	La embajada de Silver	182
21	El ataque	190

QUINTA PARTE

MI AVENTURA MARÍTIMA

22	Cómo empecé mi aventura en el mar	201
23	Termina la bajamar	210
24	La expedición del coraclaro	217
25	Cómo llegué a arriar la bandera negra	226
26	Israel Hands	234
27	«¡Piezas de a ocho!»	246

SEXTA PARTE

EL CAPITÁN SILVER

28	En el campo enemigo	257
29	Otra vez la mota negra	268
30	Bajo palabra de honor	277
31	A la caza del tesoro. El indicador de Flint	287
32	A la caza del tesoro. La voz entre los árboles	297
33	La caída de un jefe	306
34	Final	315
	Biografía del autor	323

CAPÍTULO 1

El viejo lobo de mar en el Almirante Benbow

El *squire*¹ Trelawney, el doctor Livesey y los demás señores me han encargado poner por escrito todo lo referente a la Isla del Tesoro, de principio a fin, sin dejar otra cosa en el tintero que la posición de la isla, y esto porque aún quedan allí riquezas que no han sido recogidas. Tomo, pues, la pluma en el año de gracia de 17... y retrocedo hasta el tiempo en que mi padre era el dueño de la posada Almirante Benbow, y en que el viejo navegante, de moreno y curtido rostro, cruzado por un sablazo, se acomodó como huésped bajo nuestro techo.

Lo recuerdo, como si hubiera sido ayer, tal como llegó, con torpe andadura, a la puerta del albergue, y tras él, siguiéndole en una carretilla, un cofre de marinero. Era un hombro alto, recio, pesado, de color de nuez; la

1. Se le daba el nombre de *squire* a los nobles campesinos que eran importantes propietarios de tierras y que a veces tenían cierta autoridad judicial. (*N. del t.*)

coleta embreada le caía sobre los hombros de la casaca azul, cubierta de manchas; tenía las manos agrietadas y llenas de cicatrices, con las uñas negras y rotas; y la cuchillada que cruzaba una de sus mejillas había dejado un costurón lívido, de sucia blancura. Me parece que lo estoy viendo mirar en torno de la ensenada, silbando entre dientes, y después tararear aquella antigua canción marinera, que cantaba luego tan a menudo:

*Quince hombres van en el Cofre del Muerto.
¡Ron, ron, ron, la botella de ron!*

con aquella voz recia y temblona que parecía haber sido ejercitada y puesta a tono en las barras del cabrestante. Después llamó a la puerta con un pedazo de palo que llevaba en la mano y, cuando acudió mi padre, pidió con destemplado tono un vaso de ron. Se lo trajeron y lo bebió pausadamente, como un catador, deteniéndose para paladearlo, y sin dejar de mirar, por tanto, alrededor, a los acantilados y a la muestra que colgaba sobre la puerta.

—Es ésta —dijo al fin— una ensenadita muy a la mano y una taberna bien situada. ¿Mucha compañía por aquí, compañero?

Mi padre le respondió que no, muy poca concurrencia para más desgracia suya.

—Bueno; pues entonces aquí me acomodaré. ¡Oye, tú! —gritó al hombre que empujaba la carretilla—. Atraca al costado y ayuda a subir el cofre. Voy a hospedarme

aquí unos días. Soy hombre llano: ron, tocino y huevos es todo lo que necesito, y aquel cabezo, allá arriba, para ver salir los barcos. ¿Que cómo me han de llamar? Pueden llamarme capitán; ¡ah!, ya veo tras de lo que anda... ¡Ahí está! —Y arrojó tres o cuatro monedas de oro en el umbral—. Ya me avisarán cuando me haya comido todo eso —dijo, imperioso y altivo como un almirante.

Y, en verdad, mala como era su ropa y aunque se expresaba toscamente, no tenía la apariencia de un simple marinero, sino la de un piloto o un patrón acostumbrado a ser obedecido o a pegar. El hombre que empujaba la carretilla nos dijo que aquella mañana se había apeado de la diligencia en el Royal George y que allí había preguntado qué posadas había a lo largo de la costa; y habiendo oído, según me figuro, buenas referencias de la nuestra y que era solitaria, la había preferido para establecer su residencia. Y eso fue todo lo que pudimos saber de nuestro huésped.

Era hombre habitualmente muy callado. Todo el día vagabundeaba en torno de la caleta o sobre los acantilados, con un catalejo de latón; y toda la velada se la pasaba sentado en un rincón de la sala de la taberna junto al fuego, bebiendo ron muy fuerte con agua. Casi nunca respondía cuando se le hablaba; y no hacía sino erguir de pronto la cabeza y resoplar por la nariz como un cuerno de niebla; y, tanto nosotros como la gente que frecuentaba la casa, pronto aprendimos a no meternos con él. Todos los días, al volver de sus caminatas, preguntaba si había pasado por la carretera algún hombre de mar.

Creíamos al principio que lo haría porque echaba de menos la compañía de gente de su condición, pero al fin caímos en la cuenta de que lo que trataba era de esquivarla. Cuando algún navegante se detenía en el Almirante Benbow —como ocurría, de tiempo en tiempo, con los que se encaminaban a Bristol por la carretera de la costa—, lo observaba, antes de entrar en la sala, por entre las cortinas de la puerta, y era cosa segura que siempre permanecía callado como un muerto en presencia del forastero. Para mí al menos, no había secreto en ello, pues yo era, en cierto modo, partícipe de sus alarmas. En cierta ocasión, me había llevado aparte y me prometió darme una moneda de plata de cuatro peniques, el primero de cada mes, «sólo por tener el ojo listo y darle aviso tan pronto como viera aparecer un navegante que no tenía más que una sola pierna». Muchas veces, al llegar el día convenido y pedirle mi salario, se contentaba con darme un bufido y mirarme con tal cólera que me obligaba a bajar los ojos, pero no dejaba pasar la semana sin pensarlo mejor, y acababa por traerme mi pieza de cuatro peniques y repetir la orden de estar alerta para «el navegante con una sola pierna».

No necesito decir hasta qué punto este personaje me perseguía en mis sueños. En noches borrascosas, cuando el vendaval sacudía las cuatro esquinas de la casa y la marejada bramaba en la caleta y embestía contra los acantilados, lo veía en mil distintas formas y con mil diabólicas expresiones. A veces tenía la pierna cercenada por la rodilla; otras, por la cadera; a veces era un ser

monstruoso que nunca había tenido sino una sola piedad, y ésta en medio del tronco. Verle saltar, correr y perseguirme salvando bardas y zanjas era la más atroz de las pesadillas. Y, bien echadas las cuentas, pagué harto caro mis cuatro peniques mensuales a cambio de tan espantosas visiones.

Pero aun aterrado como estaba por la idea del navegante cojo, yo era, de cuantos conocían al capitán, quizá el que menos miedo le tenía. Había noches en que bebía más ron de lo que su cabeza podía soportar; y a veces, cuando esto ocurría, se sentaba a cantar sus viejas canciones marineras, impías y brutales, sin hacer caso de nadie; pero otras, pedía una ronda de vasos y obligaba a toda la temblorosa reunión a escuchar sus historias y a corear sus cánticos. Con frecuencia sentía estremecerse toda la casa con el «¡Ay, ay, ay, la botella de ron!», en el que tomaban parte todos los vecinos, a la desesperada, sobrecogidos por un miedo mortal, y cada uno de ellos cantando más desafortadamente que el otro para evitar que se fijase en él. Porque en esos arrebatos era el más avasallador contertulio que jamás se vio; pegaba manotazos en la mesa para imponer silencio a todos; y estallaba en cólera si se le hacía alguna pregunta o si ninguna se le hacía, pues sospechaba por ello que la tertulia no seguía su relato. Ni permitía tampoco que nadie abandonase la posada hasta que él, a fuerza de beber, se adormilaba y se iba a acostar dando tumbos.

Las historias que contaba eran lo que más amedrentaba a la gente. Sus espantosos relatos eran de ahorcados

y de «pasear por la tabla»,² de borrascas en el mar de la isla de la Tortuga y de terribles hazañas y extraños para-
jes en la América española. Por lo que él mismo contaba,
debía de haber pasado su vida entre las gentes más des-
salmadas que habían navegado los mares; y el lenguaje en
que refería esas cosas escandalizaba a nuestra sencilla
gente rural tanto como los crímenes que relataba. Mi
padre andaba siempre diciendo que aquel hombre iba a
ser la ruina de la posada, porque no tardaría la gente en
cansarse de venir allí a ser tiranizada, a sufrir humillacio-
nes y a irse a acostar despavorida y castañeteando los
dientes; pero yo creo que su presencia nos fue de prove-
cho. La clientela se atemorizaba por un momento, pero,
al pensar después en ello, más bien encontraba deleite:
era una apetecible excitación en la calmosa vida campe-
sina; y hasta había unos cuantos, entre los más mozos,
que fingían admirarlo llamándole «un verdadero lobo de
mar» y «un viejo tiburón», y cosas por el estilo; y decían
que hombres como aquél eran los que habían hecho a
Inglaterra temible en la mar.

Por un lado, al menos, es cierto que hizo cuanto
pudo por arruinarnos, pues siguió hospedado en la casa
semana tras semana y, después, un mes tras otro; y aun-
que estaba ya gastado hacía mucho tiempo el dinero que

2. «Pasear por la tabla» era un castigo que acostumbraban usar
los piratas y corsarios. Consistía en hacer caminar a la persona por
un tablón colocado hacia fuera del barco, hasta que su propio peso le
hacía perder el equilibrio y caer al mar. (*N. del t.*)

nos dio, mi padre no tenía nunca bastante valor para conminarle a que nos diera más. Si en alguna ocasión se lo insinuaba, el capitán resoplaba con tal fuerza por la nariz que parecía lanzar bramidos, y clavaba los ojos en mi padre hasta que éste, desconcertado, salía del cuarto. Más de una vez lo vi retorcerse las manos después de esas derrotas, y estoy seguro de que el enojo y el terror en que vivía aceleraron un poco su prematura y desgraciada muerte.

En todo el tiempo que vivió con nosotros, no hizo el capitán cambio ninguno en su indumentaria, como no fuera el de unas medias compradas a un buhonero. Una de las alas del sombrero de tres picos se le desprendió, y desde entonces la dejó colgando, aunque era una gran molestia cuando soplaba el viento. No se me olvida el aspecto de su casaca, que él mismo remendaba arriba en su cuarto, y la cual, antes del fin, no era ya más que puros remiendos. Nunca escribió ni recibió carta alguna, sólo cuando estaba borracho de ron.

Ninguno de nosotros vio jamás abierto el gran cofre del marinero.

Sólo una vez encontró quien le hiciera frente, y ocurrió esto ya hacia el fin, cuando mi pobre padre estaba muy avanzado en la postración que acabó con su vida. El doctor Livesey vino un día, al atardecer, a visitar al enfermo, y después de tomar un refrigerio que le sirvió mi madre se fue a la sala a fumar una pipa mientras le traían el caballo desde el caserío, pues en el viejo Benbow no teníamos acomodo para bestias. Entré tras él, y aún re-

cuerdo cómo me chocó el contraste entre el pulcro y atildado doctor, con su peluca empolvada, blanca como la nieve, sus lustrosos ojos negros y sus finos modales, y los rústicos lugareños; y, sobre todo, el que hacía con aquel espantapájaros de nuestro pirata, sucio y abotargado, ya harto de ron, turbia la mirada y echado de bruces sobre la mesa.

De pronto, éste —el capitán— se arrancó con su sempiterna canción:

*Quince hombres van en el Cofre del Muerto.
¡Ron, ron, ron, la botella de ron!
La bebida y el diablo dieron con el resto.
¡Ron, ron, ron, la botella de ron!*

Al principio yo había imaginado que «el Cofre del Muerto» era el propio y enorme baúl que estaba arriba, en el cuarto de enfrente; y esa idea se había enredado en mis pesadillas con la del navegante cojo. Pero ya para entonces ninguno hacíamos caso de la canción, y aquella noche sólo era cosa nueva para el doctor Livesey. Observé que no le causaba el mejor efecto, pues levantó un instante la vista, con gran enojo, antes de proseguir su conversación con el viejo Taylor, el jardinero, sobre un nuevo remedio para el reuma. Entre tanto, el capitán se había ido animando poco a poco con su propia música, y al fin dio un palmetazo en la mesa que tenía delante, señal que, como todos sabíamos, significaba «¡silencio!». Todas las voces cesaron de repente, menos la del doctor

Livesey; siguió éste hablando como antes, con voz clara y amable, y dando chupadas a la pipa entre cada dos palabras. El capitán se lo quedó mirando un rato descaradamente, volvió a dar otro manotazo, lo miró de nuevo con mayor encono y al cabo, con un juramento villano y grosero, gritó:

—¡Silencio ahí, en el entrepuente!

—¿Hablaba usted conmigo? —preguntó el doctor; y cuando el rufián, soltando otro juramento, le contestó que así era, replicó el médico—: Sólo tengo que decirle una cosa, que si continúa usted bebiendo ron, el mundo se verá bien pronto libre de un porquísimo forajido.

La cólera del viejo fue espantosa. Se puso en pie, sacó y abrió una navaja marinera y, empuñándola, amenazó al doctor con clavarlo en la pared. El doctor ni siquiera se movió. Siguió hablando como antes, por encima del hombro y en el mismo tono de voz, aunque más alta, para que se oyera en toda la sala, pero con inalterable calma y firmeza.

—Si en este mismo instante —prosiguió— no se mete usted esa navaja en el bolsillo, prometo por mi honor que será usted ahorcado en la primera reunión del Tribunal en el Condado.

Siguió después un combate de miradas. Pero el capitán amainó pronto, se guardó el arma y volvió a sentarse gruñendo como perro vapuleado y triste.

—Y ahora, caballero —continuó el doctor—, puesto que ya sé que hay en mi distrito un sujeto como usted, puede estar seguro de que no he de perderle de vista. No

sólo soy médico, sino, además, magistrado; y si llega a mis oídos la sombra de una queja, aunque no sea más que por una falta de decencia como la de esta noche, tomaré las medidas que hagan falta para que le echen mano y salga usted de aquí. Y basta con esto.

Poco después trajeron a la puerta el caballo, y el doctor montó y se fue; pero el capitán se estuvo quedo por aquella noche y aun otras muchas después.